

Javier Huerta Calvo

El arte de contar de Antonio Pereira

El título del último libro publicado por Antonio Pereira, *Me gusta contar*, me ha recordado la casticísima fórmula con que, a menudo, se rubrican los diálogos cervantinos, cuando en el Quijote un personaje le ruega a otro que le refiera un caso, una historia, y éste le contesta: «Que me place.» Le place, le gusta a Antonio Pereira contar, contarnos sus cuentos, de los que nos ofrece ahora una selección, que no debe abarcar ni el cincuenta por ciento de los relatos que ha escrito a lo largo de su vida. «Dime cómo cuentas y sabré quién eres»; así empezaba la reseña que Ricardo Gullón escribiera del libro de Pereira «Picassos en el desván», y que apareciera póstuma en el ABC literario del 23 de febrero de 1991, sólo unos días después de su muerte. Para el recordado maestro, dos eran los componentes esenciales que debía reunir un buen cuento: «entretenimiento y sorpresa», y ambos se cumplían con creces en los de nuestro autor.

El contar. Años de experimentalismo no poco desaforado fueron relegando el que, desde tiempos inmemoriales, fue objetivo preferente de los géneros narrativos, llámense mito, leyenda, fábula, epopeya o cuento. La dislocación estructural, el excesivo gusto por los juegos de la técnica literaria, sólo al alcance de unos cuantos, el narcisismo estilístico -la historia supeditada al lenguaje-, cuando no el autobiográfico -todos a la búsqueda de su yo perdido-, la tendencia a convertir las novelas en soportes ensayísticos fueron haciendo del arte de contar una antigualla sólo evocada por los nostálgicos. Por eso, cuando apareció *Cien años de soledad*, Gullón -y es la segunda vez que me apoyo en el maestro- escribió un librito de título más que expresivo: García Márquez o el olvidado arte de contar. Después las cosas se han ido equilibrando más, y hasta volviéndose a desequilibrar en esta ley del péndulo que es la tradición literaria, de modo que hoy casi podemos afirmar que se vuelve a contar demasiado, y que gran parte de nuestra narrativa, tan jaleada por los medios, tan seguida por el público, ha rebajado el arte de narrar -muchas veces historias de capa y espada- a un oficio trivial y rutinario.

Caso único

La prueba de fuego del arte de contar no es la novela sino el cuento. Al cuento, sin olvidar otros quehaceres -la lírica, que en él, como en Antonio Machado, no sólo canta sino que cuenta, la novela y la prosa periodística- se ha dedicado con fervor Antonio Pereira a lo largo de su carrera literaria y, de modo particular, en estos últimos diez años. Eludiendo títulos anteriores, he aquí la copiosa lista: *Cuentos para lectores cómplices*, *El síndrome de Estocolmo*, *Picassos en el desván*, *Las ciudades de Poniente*, *Relatos sin fronteras*, un libro traducido al francés (*Don Eloy. laissez sortir Dorita ou bien...*) y ahora *Me gusta contar*. No hay escritor actual en España que presente currículum tan decididamente cuentístico como Pereira, y el único caso parangonable a él, fuera de nuestras fronteras, es el de su admirado Jorge Luis Borges. Críticos hay que, al calor de las movidas periodísticas, las presiones de grupo, el culto a la rabiosa actualidad, aún no se han dado cuenta de que a Antonio Pereira le gusta contar cuentos y de que los cuenta como pocos los han contado en este siglo que se nos acaba.

Ricardo Gullón resumió hace años las características del relato pereiriano en el prólogo que puso al frente de *Cuentos para lectores cómplices*. Precisamente, tales características se compendian en ese deseo del autor por hacer cómplices a sus lectores. Un acierto de título, pues en el cuento, en general, y en el de Pereira en particular, al lector se le exige mucha colaboración para interpretar las entrelíneas del texto, rellenar los espacios vacíos y los silencios, que no son pocos, ya que el cuento debe sugerir más que explicitar, y en eso tiene bastante parecido al poema. Léase, por ejemplo, el brevísimo relato titulado «La violinista»:

«A veces viene a la provincia la Sinfónica de Bratislava o una lejanía así. Es una novedad, pero no toda la novedad está en la música.

Esa chica del violín que en la orquesta está lánguida de melena y a lo mejor se llama María o Claudia, educada para la vibración casi celeste, trémolos, pizzicatos, a esa mujer vestida de raso ni se le ocurre que en la sala hay ojos codiciosos de hombres que la apartan a ella del conjunto e imaginan juegos de amor para sus manos, dedos» (p. 175).

El autor, responsable de esta selección, ha escrito un prólogo, naturalmente breve y sin erudiciones, al final del cual, y como hiciera Horacio Quiroga, nos ofrece su propio decálogo del cuento, del que extraigo dos mandamientos: el primero, no por evidente menos necesario de recordar precisamente hoy, en época de gangas y saldos, «tener una historia que

contar»: el noveno, una deliciosa greguería: «El novelista puede ser altanero. El cuentista debe ser cordial y amistoso.» Vean qué modo tan certero de sentenciar la que ha de ser comunicación ideal entre el contador y sus lectores. Esta es, precisamente, la atmósfera que respiramos según vamos leyendo el libro; estamos como en casa o en el café, sentimos cercana la voz del autor; la voz del autor, porque -conviene recordarlo- el cuento nació para ser transmitido oralmente, y toda la escritura de Pereira rezuma oralidad.

El contar como el viajar

Para quien se acerque por vez primera a la cuentística de Pereira ha levantado el autor un mapa orientativo de los lugares por recorrer. En cuatro secciones ha agrupado sus relatos:

«I. Mundo ni ancho ni ajeno

II. Historias del noroeste

III. Cuentos de Madrid

IV. Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Estos titulillos interiores nos revelan que el autor ha concebido su obra en clave de viaje. En efecto, los cuentos describen a menudo viajes o situaciones derivadas de ellos, de suerte que pudiéramos decir que el viajar equivale al contar. Lo dice un personaje de un cuento, creo que no incluido en esta antología: «A los de aquí nos gustan los viajes y es por contarlos al volver.» El contar como el viajar. Uno de nuestros mejores cuentistas del siglo XVI, Juan Timoneda, escribió un libro de cuentos titulado *El sobremesa y alivio de caminantes*. Caminantes, viajeros o viajantes son muchos de los personajes de Pereira, es el mismo narrador. Por eso, dado el diseño espacio temporal del libro, hay no poco de diario, de libro de viajes, en estos cuentos que nos llevan de un lugar a otro del mundo: Nueva Orleans, Puerto Rico, Moscú, Perugia, Acapulco...; ambientes de aeropuerto, idiomas... Los tipos de ficción se dan la mano con otros no menos ficticios, como diría don Miguel de Unamuno: Truman Capote, Borges, Nilita Vientós, Cela, Jorge Guillén y planeando sobre ellos el autor viajero, contador empedernido, narrador, aunque menos omnisciente que inseguro, dubitativo, siempre confidencial con un lector -insisto- al que parece pedirle ayuda para rematar bien la historia.

Al cosmopolitismo de tales espacios, el de otros, más de aquí. Algunos

de los de mayor alcance transcurren en ciudades del Poniente, en ese país grande, como se dice en «El asturiano de Delfina»: «Es la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de la Regenta y la Sanabria de San Manuel Bueno y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga.» Mérito grande de Pereira es haber alejado estas historias del abismo costumbrista. En otra ocasión hemos evocado a su paisano, el gran poeta y narrador Enrique Gil y Carrasco, viajero por la Europa del Romanticismo y que siempre prefirió ambientar sus historias en su paisaje natal del Bierzo.



Y del mundo provincial a Madrid. Historias de arraigo y desarraigo, odio y atracción por la ciudad desordenada e imposible, como la que se cuenta en «Las nieblas de la Purísima». En estos cuentos Pereira conecta, como se dice ahora, con la sensibilidad posmoderna, no para escribir frivolidades sino para levantar un cuadro fiel, no poco sarcástico a veces, de la realidad urbanita. Véase, por todo ejemplo, el «Cuento en la Escuela de Letras»:

«"Queridos colegas" (se dirigió a los profesores), "señoras y señores alumnos" (pues a la Escuela o Taller de Letras acudimos los jubilados del cuerpo diplomático, damas de la capital con mucho tiempo libre, niñas céntricas que se han cansado de picotear en la decoración y los idiomas), "un cuento es una salida rápida para dar un golpe de mano y recuerden que en las primeras líneas hay que estar ya metidos en acción."»

La cuarta parte del libro va rotulada con el hermoso endecasílabo de la Epístola moral a Fabio, del capitán Andrada: «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos». Y es que la configuración de estos cuentos toca más a la perspectiva temporal que a la espacial que había definido las secciones anteriores: desde la misteriosa rememoración de la guerra civil que recorre las páginas de la historia más larga del libro y una de las más veteranas, «El ingeniero Balboa», hasta cuentos como «Los preventivos», «Historias de monjas» o «El encargo», de cuando «el gallego que por entonces mandaba en España». Cuentos a veces de tono decididamente elegíaco y simbólico como «La nostalgia», con la patética historia de aquel loco que «anunció a gritos que se tiraba de la torre si el alcalde en persona no subía a hablarle».

Ironía y humor

No es el momento aquí de establecer una tipología de los cuentos de Pereira según domine en ellos el personaje, la situación o ambas cosas a la vez. Yo creo que, salvados algunos casos en los que aflora el dramatismo -«El ingeniero Balboa»-, los relatos de Pereira se asientan en una piedra angular: la ironía y el humor. En sus Meditaciones del Quijote Ortega vinculó el nacimiento de la novela moderna al sentido del humor. De él se sirve el autor para rehuir toda pretenciosidad y pedantería. Son, desde luego, un modelo aquellos -metaliterarios podríamos llamarlos- en que Pereira pone las cartas del entramado creador sobre la mesa, para mostrar las insuficiencias. Así, en el cuento titulado «Una semana y un día»:

«-"Érase una vez un rey, y aquella tarde de verano según iba yo por el sendero del bosque, me lo encontré, de cara, Buenas tardes, rey, lo saludé, todos tenemos ganas de saber los pensamientos de usted sobre lo que está pasando en el Reino", ¿no crees tú, cariño, que habría que empezar siempre con la sencillez de las viejas historias?» (p. 220).

La reflexión se torna irónica sobre el espacio a propósito de esos novelistas que gustan de situar sus historias en paisajes exóticos y, a menudo, desconocen que tienen materia narrativa más cerca y al alcance; así, en «Picassos en el desván» (p. 111).

El estilo

Ya he hablado de este narrador voluntariamente dubitativo e inseguro que nos cuenta cuentos como si estuviéramos a su lado. Desde cuentos como «El ingeniero» o «Las erotecas», de elaboración y expresividad más sofisticadas, con cierta servidumbre a las técnicas «vanguardistas» de entonces, ha ido depurando éstas en busca de esa difícil naturalidad propia del cuento oral, sin caer en ese coloquialismo imitativo y empobrecedor de algunos narradores de hoy, así los del llamado «realismo sucio». El relato «El narrador inocente» puede servir como paradigma del ideal poético al que aspira Pereira:

«Un paisano nuestro se convirtió en escritor de éxito, vino por aquí y quejaba de las desviaciones de su arte. Estaba harto de las técnicas y las modas y quisiera él volver al agua limpia de la fuente. Fue más o menos lo que vino diciendo. Y también:

-Con este frescor me gustaría a mí escribir (...): "Habíamos salido de la aldea de los abuelos, en Fonsagrada, aprisa para alcanzar la Nochebuena Villafranca. (...).

-El final importa poco -decidió el consagrado-. Por una inocencia daría mi última novela".»

La moraleja del cuento deriva, de este modo, en una profunda reflexión sobre el estilo un estilo que rehúye la sintaxis compleja, la adjetivación extremada, y que sabe sacar máximo partido al lenguaje coloquial, cuando es preciso. En este sentido, la apertura los cuentos de Pereira es un homenaje a la frescura con que se iniciaban los cuentos tradicionales y clásicos: «Una vez estaba en la tertulia Paco Lourido...», «Cuando uno cae por esta ciudad le es difícil escoger entre tantas historias...», «Fue hace un mes lo del loco...» el siguiente ejemplo, en el que, mediante una pulla a su colega Edgar Allan Poe, se nos hace aún más visible la contención con que nuestro autor contempla su escritura mientras la va haciendo:

«Qué pesadez el comienzo de un cuento terrorífico de Allan Poe: "Un pesado, sombrío, sordo día otoñal; las nubes agobios agobiosamente bajas en el cielo, un terreno singularmente lóbrego, con las sombras de la tarde cayendo sobre la mansión melancólica..."

Yo no desconfiaré del lector hasta tal punto y le diré para esta historia era enero y un casar en la sierra de Ancares. Basta.»

* * *

El cuento tiene en la España del siglo XX una rica y densa trayectoria, dentro de cual los últimos veinticinco años del género han sido particularmente fructíferos en cultivo del género, y parece que es cada vez mayor el número de lectores de que goza.

A este período de renacimiento, en el que se han rescatado algunos maestros anteriores de los años cincuenta, como Ignacio Aldecoa -sin duda, uno de los mejores- contribuido la obra cuentística de Pereira, aun insuficientemente valorada en las historias de la literatura e, incluso, escandalosamente escamoteada en alguna antología del género. Difícil es siempre separar el grano de la paja, y la literatura se ha convertido hoy en un negocio muy rentable para quienes están dentro del circuito; un circuito megamediático -radio, prensa, televisión, editoriales, centros culturales- que encumbra, en ocasiones, auténticas mediocridades, y del que participan en una red pegajosa editores, autores, críticos y, claro, lectores. Por ello, es

misión de los medios independientes y universitarios, no sujetos en principio a este culto a la actualidad política y literariamente correcta, poner un poco de orden en el batiburrillo de intereses creados que existe en torno al negocio de la literatura. De ahí mi confianza en que, «antes que el tiempo muera en nuestros brazos», la obra narrativa de Antonio Pereira termine siendo reconocida como una de las más exigentes e interesantes de nuestra época.